

EL CUADRO DE LA CRISIS MUNDIAL

EDUARDO HARO TECLEN

SI nos atenemos a los últimos hechos de la política internacional, y más que a los hechos, a un cierto clima que se percibe o se olfatea, el conjunto de la situación mundial es algo menos grave que en el momento en que las tropas soviéticas entraron en Afganistán y Carter lanzó su cruzada. Quizá sea solamente que es algo menos sensacionalista. Carter respondió a un hecho concreto —los tanques en Kabul— con un sensacionalismo activo. El tema de los signos está perfectamente comprendido en la técnica de la "escalada", tan de moda en los años sesenta y tan teóricamente olvidada hoy, aunque sus datos sigan formando parte de la estrategia de los Estados Unidos. Uno de los conceptos básicos de la escalada consiste en lo que se llama "credibilidad": que las amenazas que se emitan —el sensacionalismo que se le dé a una situación— sea creíble. Carter lo fue, por lo menos en una parte importante, sobre todo al acompañar sus palabras de una serie de hechos que tenían una trascendencia relativa o menor, pero que sí tenían un valor semiótico importante: el boicoteo de los Juegos Olímpicos de Moscú, la suspensión de las ventas de grano, la presión sobre sus aliados directos o indirectos para que se sumasen a estas medidas. Se podría decir que tal vez fue demasiado lejos en el sensacionalismo: erizó a sus adversarios, pero, sobre todo, asustó a sus aliados. Se puso en marcha todo un movimiento de retracción, sobre todo en Europa, con Francia y Alemania Federal como protagonistas, que sin duda ha conseguido un cambio considerable. La entrevista de Schmidt con Brejnev ha sido muy importante: el canciller alemán mantuvo su cita a pesar de todos los esfuerzos por parte de Carter de que la anulara, e incluso pudo investirse, después de Venecia, de una representación general. El tema de la nueva tensión se retrotrajo a su punto original, que era el de la instalación de los llamados "euromísiles" por parte de la OTAN, y de los SS-20 por parte de la URSS, y hay ahora unas esperanzas de negociación.

Pero todo esto no compone más que un cuadro demasiado actual, demasiado inmediato, y

por lo tanto fácilmente modificable en cualquier momento, de una situación de fondo que no solamente no mejora, sino que tiende a agravarse. En una gran parte, es el desarrollo histórico de algo que comenzó a plasmarse en 1917, en el momento de la revolución rusa en plena guerra mundial y de la consagración del sistema capitalista democrático en los Estados Unidos. Venía de antes, del momento en que la situación se expresa en una famosa frase —la primera— del "Manifiesto comunista", de Marx y Engels, "un fantasma recorre Europa..." (1848); era más que un fantasma, era algo que estaba ya presente en todo el juego de revoluciones y contrarrevoluciones del siglo XIX. Quizá las palabras comunismo y capitalismo no son ya hoy desgastadas por todas las cargas semánticas que han recibido, y por las modificaciones e interacciones experimentadas,

más que meramente indicativas. Lo que se mantiene es el fondo de la cuestión, aunque con algunos desplazamientos geográficos en los puntos de interés. El comunismo —por seguir utilizando las palabras convenidas— ha tenido un desarrollo práctico en varias partes del mundo que no ha sido igual —y por lo tanto ha perdido su ilusión de científico— y al capitalismo le ha pasado lo mismo. Habría que distinguir tres grandes sistemas comunistas instalados: el de la URSS, el de los países europeos del Pacto de Varsovia y el de China. En la URSS y en China ha tenido una eficacia brillante en los primeros momentos: ha sacado grandes masas humanas de una situación de miseria y ha dotado a esos países de una fuerza. En los países europeos ha tenido un efecto de retroceso, con respecto a su situación anterior. Pero los logros iniciales del comunismo en la Unión

Soviética y en China se han paralizado; China busca otra salida, la URSS no la encuentra. Hasta tal punto es patente esa imposibilidad de ir adelante en la construcción de la sociedad ideal que los partidos comunistas en los países occidentales han modificado rápidamente sus sistemas, sus tácticas y sus estrategias en lo que llamamos eurocomunismo, que parece algo todavía en estadio de formación. Mientras, el capitalismo ha formado sus sociedades —que también podríamos distinguir en distintos grupos, dentro de niveles de pobreza a riqueza— mediante un desarrollo aparentemente mucho más eficaz en cuanto a nivel de vida —aunque mantenga islotes infracomunales— y en cuanto a un diseño de libertades generales; pero ha tenido que hacerlo a costa de una explotación de otros países. Es decir, la continuación del colonialismo por otros me-



Carter respondió a un hecho concreto —los tanques rusos en Kabul— con un sensacionalismo activo. En la foto, a su llegada a Portugal después de visitar Madrid.



También Helmut Schmidt pediría a Brejnev, en su última visita a Moscú, la inmediata retirada de las tropas rusas de Afganistán.

dios. Hasta tal punto que hoy parece que hay una dependencia estrecha en el desarrollo de unos y el desarrollo de otros: se diría que es la misma cosa, y que todos los esfuerzos teóricos y hasta prácticos que se vienen haciendo para desarrollar a los subdesarrollados son imposibles y carecen de sentido.

Lo que tenemos encima en estos momentos es una forma de revolución en esos países. Si es la revolución de la pobreza, de los que no comen contra los que se comen su comida, equivale muy exactamente al problema europeo del siglo XIX y lo que se describe en el "Manifiesto comunista" de 1848. Habría frases que se podrían calcar. Por ejemplo: "Una parte de la burguesía intenta poner remedio a su malestar social con el fin de consolidar la sociedad burguesa. En esta categoría se clasifican los economistas, los filántropos, los humanitarios, las gentes que se ocupan en mejorar la suerte de la clase obrera, de organizar la beneficencia, de proteger a los animales". Sustituyamos burguesía y clase obrera por Occidente y pueblos hambrientos y nos encontraremos con el mismo cuadro.

Occidente está soportando en estos momentos esa revolución, que no ha hecho más que comenzar. Los millones y millones de parados europeos dependen directamente de las formas varias de esa revolución. Y la crisis industrial, la crisis de mercados, los problemas financieros y monetarios. La reunión de los siete en Venecia tenía un signo que es inútil disimular con aspectos políticos o con mecanismos de operación frente a la URSS: era una reunión de Estado. Mayor de los países más ricos del mundo en defensa de su propia riqueza. Los que no estamos dentro de ese

grupo —ni siquiera del inmediatamente inferior—, aunque nos consideremos occidentales, haremos bien en desconfiar de estos economistas. Tienen la filosofía eterna del "sálvese el que pueda" y, por el momento, los que pueden son ellos. Los occidentales pobres tenemos algunas dificultades mayores para salvarnos —tenemos menos de donde ahorrar, menos fuerza para conseguir materias primas, menos de donde producir riqueza— y estamos en el mismo peligro de las clases medias en la época del "Manifiesto" y posteriores: el desclasamiento. Es decir, el de caer en el grupo inferior de naciones, en el subdesarrollo. Nos está pasando.

La revolución de los países proletarios incide en la economía de las naciones ricas y semiricas; como es fuerza en la organización capitalista y en el sistema de democracia liberal, esa disminución del bienestar recae sobre las clases inferiorizadas; es decir, se reproducen ciertas condiciones de la lucha de clases de principios del siglo XX y de gran parte del XIX, y también ciertas respuestas clásicas, como las que en un momento determinado se llamaron fascismos. Hay por lo tanto dos problemas importantes en Occidente: el problema de la riqueza que se puede perder por la revolución de los países subdesarrollados —cada uno por su medio— y el problema de la riqueza dentro de cada nación que pueden perder quienes la administran, las clases políticas de poder. Todo ello nos lleva rápidamente a un conservadurismo que tiene distintas formas de manifestarse.

Estados Unidos parece haber vuelto a creer que tiene posibilidades de mantener la situación —relativamente— por lo que ha ido acumulando a lo largo de

doscientos años —doscientos cuatro, el 4 de julio pasado—, en una cantidad impresionante: la fuerza de las armas. Más que nadie en el mundo, pero tan inmediatamente seguida por otro acumulador de fuerza, la Unión Soviética, que las diferencias a la hora de la práctica serían inútiles, o no representativas. Pero cada vez que los Estados Unidos ha tenido que demostrar esa fuerza para mantener su relación con el Tercer Mundo ha perdido la batalla (aparte pequeños éxitos locales, pero efímeros, en Latinoamérica). La perdió en Corea, cuando uno de sus más brillantes generales —McArthur— pedía que se lanzase la bomba atómica sobre China; la perdió en Cuba, la perdió en Vietnam. Y en Angola. El uso de la fuerza absoluta no le ha dado resultados prácticos, ni siquiera donde con más tesón la ha empleado —por sí misma, por intermediarios—, como es en el Oriente árabe (en la cuna del petróleo).

En todos esos momentos se ha encontrado delante a la URSS, y ha tenido la sensación (la URSS ha producido suficiente credibilidad) de que una utilización sin límites de la fuerza de que dispone podría producir la guerra mundial y, por lo tanto, su propio desastre. Los pensadores militares de Occidente, y sobre todo de Estados Unidos, no creen en la idea progresista de que los pueblos son capaces de defender su independencia frente a los mejores ejércitos del mundo y a las armas más modernas; les parece una pura fábula de intelectuales antiguos y líricos. Creen, simplemente, que la URSS está detrás. Como los poderes más conservadores de cada nación están creyendo que podrían acabar con los nuevos problemas de las clases sociales alzadas en sus países si no existiese la URSS. Es

decir, el gran problema de esta decadencia de Occidente o de sus crisis del capitalismo se plantea como un problema de existencia de la Unión Soviética. El alzamiento de Carter en la cuestión de Afganistán obedece menos a problemas inmediatos del desgraciado país, o del acceso de la URSS hacia la ruta del petróleo, que a la necesidad de hacer un signo duro, una advertencia de que lo que llama sus intereses vitales, formados por esa explotación, no pueden ser ya interferidos como en el pasado.

La duda, dentro del campo occidental, se plantea en este tema que está presente en toda la diplomacia actual. Países como Francia y Alemania Federal y los que les siguen en esta clase de pensamiento creen que la Unión Soviética dejaría estas intervenciones en cuanto se le dieran garantías de su propia supervivencia y de su mejora de nivel de vida: es decir, que aun sería posible una reconversión de la URSS —como ha sido posible la de China— a condición de que no se sintiese cercada: lo cual es un hecho real, pero también pertenece a la psicología defensiva de todo el desarrollo del pensamiento soviético. Los Estados Unidos, en cambio, creen que la única posibilidad de tener las manos libres en el mundo productor de materias primas es advertir a la URSS de que puede ser castigada con la guerra mundial. La red de "euromisiles" no está planeada, aunque se describa así, para evitar que la URSS invada Europa, que no está en condiciones de hacerlo, sino para advertirla que si no deja libertad para la manipulación del mundo subdesarrollado habrá de enfrentarse con las peores consecuencias. En realidad, son dos modalidades de la misma posición.

Todo esto define una situación que no mejora: Estados Unidos y el mundo occidental están pasando una crisis y tienen encima unas amenazas vitales que en otros tiempos habrían provocado ya una guerra, o una serie de guerras coloniales. No está excluido que las vuelva a provocar, porque las clases dirigentes no ven, en estos momentos, otra salida. Los detalles de la mera actualidad son, por lo tanto, de significación muy reducida en relación con el gran problema general, que no da señal ninguna de apaciguamiento. ■